

El último bohemio

"Cuando yo me muera no va a faltar el Idiota que diga: 'Hemos venido a enterrar al último bohemio'; yo, ya he venido a enterrar a 28 de estos últimos". (Teófilo Cid).



TUVO razón. En el cementerio, el escritor Gonzalo Drago, que ignoraba la reflexión del mandragórico Teófilo, comenzó sus palabras: "Hemos venido a enterrar, etc...".

¿Qué es un bohemio? ¿Un marginal, un romántico, un feroz individualista? ¿Un borracho, un alcohólico sin remedio? ¿Un cocainómano, un morfínmano? ¿Alguien próximo a la delincuencia? ¿Un artista frustrado? ¿Un hombre de corazón puro y simple? ¿El que sólo duerme de día?

Los gitanos que recorrían Europa con sus violines, pitonisas y cacharrerías de cobre, venían originariamente de la Bohemia, Checoslovaquia. O tal vez, de mucho más al norte, quién lo sabe. *C'est un bohémien* llegó a ser sinónimo estricto de "es un gitano". Henri Murger, el autor de *Escenas de la vida bohémia* y luego Puccini, hicieron el resto.

Los gitanos, hoy

En Calaceite, pueblo intemporal, en el valle del Ebro, recuerdo que José Donoso me decía: "Esto está lleno de gitanos. Vienen a recoger la oliva... ¡Mira!", y me mostraba unos campesinos morenos, membrudos, iguales a todos. En Barcelona, la misma cosa. Gitanos y gitanas tan idénticos a cualquier español, en ropa, apariencia, lenguaje, costumbres, que ni el propio García Lorca habría podido distinguirlos.

De donde resulta que los gitanos que acampan a las orillas de la Panamericana Norte, antes de llegar a La Calera, son verdaderas piezas de museo. O las suerteiras que recorren con sus trajes de gasas tecnicolores, los parques de Santiago, al comenzar septiembre.

No hablamos de estos "bohémios". Sino de otros, que en Santiago, Valparaíso, en Antofagasta y Chillán, en Concepción e Iquique; de los hombres del vino, de los que cantan cuando otros duermen, de los que nunca tienen un trabajo regular porque odian el trabajo, de los que se han comido todas las noches, soñando. Sin duda deben faltar muchos. Alguien los recogerá algún día. Por el momento, a la carrera, he aquí nuestra *choix de bohémians*.

El pintoresco Canut de Bon

Siempre de negro. Este color era el de



*El "Rey de los bohemios":
Carlos Canut de Bon.*

la bohemia. Corbata de lazo. Carpeta con dibujos. Parecía un clown triste, de chispeantes ojos azules. Dibujaba en bares, hacía perfiles por un vaso de blanco. Por una botella, un "cuerpo entero". También solía ofrecer estatuillas de clásicos griegos, que obtenía echando yeso en los moldes de la Escuela de Bellas Artes, en los subterráneos de ese edificio, con la complicidad de algún pintor-profesor, de los porteros, quién sabe, tal vez Pedro Luna, Germán Montero, el gordo Moreno. Con sus discóbolos y Venus, iba por *La Piojera*, o *El Jote*, acompañado del poeta Barata. Su apellido sirvió de base para denominar "canutos" a los evangélicos. Carlos Canut de Bon dormía en los jardines del Congreso Nacional, en el verano, y más de una vez, cuando la ciudad ya clareaba, se despidió de algún amigo franqueando con deportiva agilidad las rejas, tras un "buenas noches" con cara de buenos días, y se fue a tender bajo las columnas dóricas, bien tapado con diarios. Vivía, otras veces, en piezas, en pensiones de viudas, según cómo estuviera

de fondos. Alguna vez tuvo una pequeña casita, entre flores, en la Gran Avenida. Le cayeron un domingo en la tarde unos amigos que golpeaban puertas y ventanas de la hermética construcción. Cuando ya se iban, Carlos Canut de Bon apareció desnudo, misterioso: "No los puedo recibir. Estoy amando" y volvió a cerrar la puerta.

Esta anécdota, por años, fue atribuida a Pablo de Rokha, hombre que fue más bien monógamo.

Otra historia de Canut de Bon es la de la animita milagrosa que existía a unas cuadras de su casa. Con enorme paciencia comenzó a "correrla" cada noche unos metros, con velas y tarros. Hasta que la tuvo frente a su ventana. Entonces, el golpe final: le agregó una alcancía.

Ruperto Salcedo

Poeta, publicó un par de libros. Obtuvo el Premio Gabriela Mistral. La noche y el vino se lo comieron, muy joven. Lo protegían las coristas del *Mon Bijou* frente a la Plaza de Armas. En su época más negra, ya no lo dejaban entrar al centro. Merodeaba por la Vega. Fue visto por última vez durmiendo plácidamente dentro de un enorme canasto de mimbre.

Pedro Antonio González

No calza enteramente con el estilo bohemio absoluto, ya que tuvo diversos trabajos e incluso cumplió horarios. Excelente poeta romántico, ¿quién no recuerda *El Monje* que recitaban todas nuestras hermanas mayores, hacia los ocho años, en las fiestas familiares? Verdadera tele-novela.

González era turno y muy curado. Inspector del Instituto Nacional, fumaba, como murciélago. Una noche se le incendió el dormitorio. Un portero que lo admiraba recogía reverente sus versos que el vate solía redactar en servilletas de papel y hojas sueltas, desperdigándolos por cualquier sitio.

El chico Figueroa

Era una miniatura, de ojitos azules,

ternos de franela y —según él— muy parecido al Príncipe de Gales, Eduardo VIII, al cual conoció cuando vino a Chile y al que imitaba todo lo que podía. Nunca trabajó, salvo una vez en que su amigo y protector, Pablo Ramírez, lo designó con rango diplomático de Ministro o Embajador, a una Conferencia Internacional de Trabajo que debería ocurrir en Suiza o Canadá. No estoy seguro. Lo cierto es que el "chico", después de muchas despedidas en **La Bahía**, se bajó del barco en Nueva York para "echar una mirada" y se perdió durante meses. Se movilizaron cancillerías de varios países, buscándolo. Le encontraron en un tugurio subterráneo del Browery, y le devolvieron a **El Jote** y el **Hércules**. "Quería probar unos martinis", explicó, luego.

Las canchas del chico: **Club de la Unión, Roxy, La Trinchera, el Crillón** y el **Chez Henry, el City** y el **Agustín** (entre 7 y 12 de la noche). Después, recorría cuidadosamente las calles Bandera y Esmeralda, del **Zhum Rheim** al **Club Alemán de Canto** y del **Hércules** al **Can Can** o la **Posada del Corregidor**. Cuando se aceleraba demasiado, seguía hacia los bares de San Diego, desde Alameda hasta Avenida Matta, o por los de Independencia arriba. Al amanecer volvía a su casa, en la calle Siglo XX, al llegar a Bellavista, atravesando incólume todas las bandas de cogoteros y patraqueadores de la ciudad.

Tenía una mamá, montepiada, que lo hacía dormir en brazos (el chico andaba entonces por los 50 años), mientras él llo-

raba repitiendo: "¡Nadie me quiere...!, ¡nadie me quiere!".

Tocaba el violín. Como Toby.

El que "frisqueaba" a Nancy Cunard

Chillán ha dado a más de un bohemio de tiempo completo. Célebres, Benjamín Velasco Reyes, los hermanos Oyarzún y Abraham Gardoqui, poeta (con el seudónimo de Absalon Baltazar). Gardoqui hizo historia. La millonaria y comehombres Nancy Cunard (Lucy Tantamount, en **Contrapunto** de Aldous Huxley) le echó el lazo de oro de la super-woman prefiriéndolo a Raúl Morales Alvarez, según propia y reciente confesión de este último. Se lo llevó en su gira erótico-alcohólica. Gardoqui le daba unas buenas palizas estilo "Nuble" antes de amarla, o cuando estaba demasiado "cureña", **porque sí**. Con los ojos en tinta, la boca rota, la bella millonaria inglesa disfrutaba de lo lindo. Por los puños de Gardoqui se desquitaban varias generaciones de chilenitos criollos, explotados por los hijos e hijas de la "pérfida Albión".

Al parecer al torito chillanejo se le pasó la mano en esto de los **upper-cut** y **cross** de izquierda contra la gringa, porque Nancy, ya bastante estropeada, lo desembarcó de su yate en Veracruz.

Ahí quedó sin papeles ni dinero. Cuando se le pasó la mona envió un S.O.S. a sus amigos de Chillán. Una colecta entre todos los "curagüillas" le permitió regresar. El les devolvió el dinero del pasa-



Alberto Rojas Giménez, vienes volando —lo lloró Neruda. Fue un duende travieso y poético, de la gran noche de Santiago.

je contándoles con detalles sus pilatunadas con la Nancy.

Y así, con pipeño en verano e invierno, el bohemio Gardoqui siguió su buena vida. Hasta que un día, borracho como una drosófila, se cayó a un estero que no traía demasiada agua. Allí lo encontraron, sobre las piedras, durmiendo.

A pesar de que era fuerte como el propio Abraham, no pudo librarse de una pulmonía doble que lo llevó a la muerte, de las mechas.

Teófilo Cid, o el Dandy Leproso

Hemos contado ya demasiadas veces la vida de Teófilo Cid, en especial sus últimos años "Amateur de la lepra", al principio. Luego, un profesional. Del Ministerio de Relaciones Exteriores, con auto oficial, chofer, sombrero enhuinchado, recibiendo embajadores, hasta terminar durmiendo al aire libre, en bancos de plaza "cubierto con su infaltable periódico francés", dice Mario Ferrero, el mismo que cuenta lo siguiente: "Lo vi un invierno entero, en los tiempos de nuestra enemistad. Yo hacía clases en una Escuela Normal, tenía que salir de casa muy temprano. Vivía en la calle Paraguay, frente al cerro Santa Lucía, y debía bordear la Plaza Vicuña Mackenna para tomar locomoción frente a la Biblioteca. Invariablemente, allí estaba Teófilo, casi escarchado, en uno de los bancos del poniente. Cuando estaba dormido se podía apreciar su doloroso gesto de impotencia,



La gran fiesta del Hércules. Están muchos de los viejos cracks, entre otros, Neruda, Tomás Lago, Julio Barrenechea, Alberto Rojas Giménez... Los tallarines "especiales" cuestan un peso.

crónicas de lafourcade

esa mueca del desamparo que es igual en todo el mundo. Una mañana, conmovido, me acerqué a ofrecerle ayuda. Se despertó sobresaltado, y me dijo, sin disimular su molestia: 'No necesito nada, me levanté temprano para corregir un artículo, pensándolo me quedé dormido. Eso es todo'".

Su lugar, casi toda la noche, fue el **Bohemio** (más tarde **Las Torcazas**, en Mac Iver al llegar a Agustinas). Allí presidía una tertulia literaria por la que pasaron entre muchos, Martín Cerda, Jorge Onfray, Jorge Teillier. En sus últimos años la Casa del Escritor le dio hospedaje —en realidad, su amigo de siempre Guillermo Atías. El propio Guillermo lo hizo internar en un hospital, cuando ya estaba en las últimas, y no dejó nunca de ir a verle. Atías derramó su bondad entre Teófilo Cid y el "chico" Molina. Teófilo cantaba unas arias de su invención con buena voz de barítono. Su adjetivo: **miserable**. Tenía voz de sordo y miraba de alto y abajo. Su más célebre anécdota: la del piojo que se asomó curioso por la manga mientras el poeta peroraba sobre Apollinaire. Teófilo, con el índice de la mano derecha, con toquécitos amigables, y sin dejar de recitar a su poeta proferido, hizo que el huésped de su cuerpo regresara al interior. Era un romántico. Estuvo muy enamorado de una hermana de Pablo de Rokha.

Alberto Rojas Giménez

Ya en 1924 Rojas Giménez está escribiendo unas crónicas parisienses en que habla de Vincent Huidobro, poeta francés nacido en Santiago de Chile. Se dice amigo de Tristán Tzara y de Unamuno. Hacia 1926 debe haber regresado a Chile, luego de deambular sin un centavo por Francia y Alemania muerto de la risa, lleno de felicidad. Fue un hombre alegre. Así lo describen todos. Neruda lo ve volando venir a su encuentro. Alegó la gran bohemia nerudiana anterior a su iniciación en la carrera diplomática, la de la calle Bandera, junto al "cadáver" Valdivia, a Orlando Oyarzún, a Tomás Lago, a Aliro Oyarzún (autor de un único poema **Barco Amarillo**, profesor. Fumaba opio. ¿De dónde lo sacaría en esa época?). De los bares y

*Nicomedes
Guzmán
merodeó duro
y tupido
entre bohemios
"profesionales".*



Neruda, ya transformado en un "clásico", según el caricaturista "Carso".



cabarets de la calle Bandera a La Posada del Corregidor, con Julio Barrenechea (en ese entonces otro bohemio estudiantil, que oscilaba entre De Rokha y Neruda, y que mereciera una vez la frase de Teófilo Cid: "¡Qué hablas tú, que te has pasado la vida entre Pablos y medias noches!").

En los funerales, a los cuales esta alegre banda solía acudir, había un misterioso individuo cuya especialidad era "saltar el ataúd", cosa que hacía limpiamente, tomando un poco de vuelo. Una vez que lo había saltado se retiraba del velorio de inmediato. Alguna vez lo vieron cumplir su misión (era una especie de "manda") entre carcajadas. El saltador les prometió "saltarlos" a todos.

Rojas Giménez murió de pulmonía, como Gardoqui antes. Era invierno, la fiesta estaba excelente en La Posada del Corregidor, y el vino tinto con canela hervía en los jarros de greda. Sólo que Alberto Rojas Giménez no tenía dinero y sin amigos a la vista tuvo que dejar su chaqueta en prenda. Salíó al aire. Unos dicen que se cayó a la fuente frente a la Posada. Otros, que sólo fue la lluvia. Empapado como diuca llegó a casa de una hermana en Quinta Normal.

En el velorio, con uno que otro amigo enterado, apareció el "saltador". Tomó carrera, cruzó el cuerpo del poeta que yacía rígido en el ataúd, y cayó al otro lado, atlético, sin fatiga. Se despidió de los deu-



Neruda y Allende tuvieron sus "tiempos de bohemia". Aquí, en esta foto que ya resulta histórica, parecen estar recordando esos años juveniles.


dos de inmediato perdiéndose en las brumas de la Quinta Normal.

Neruda supo de la muerte de su gran amigo cuando estaba en Barcelona. Le pidió al maestro Isaías Cabezón que lo acompañara a la Iglesia Santa María del Mar, el templo de los marineros perdidos, a poner unas velas. Rojas Giménez había escrito no ha mucho: "Viví en la República, sin carnet de identidad y palabra de honor. Y al borde de una nube". Epitafio perfecto.

Bohemios en caldillo

Neruda y su grupo, Sabella y su grupo, los periodistas de La Tercera, cuya sucursal era el Nuria; Tito Mundt, Mario Carneyro, René Olivares, Guillermo Eduardo Feliú. Los periodistas de La Nación, Exequiel de la Barra, Mario Ciudad, Joaquín Edwards Bello, Ricardo Latcham, capitaneados por Ramón Cor-

tez. La relacionadora pública del Hotel Carrera (regentado entonces por unos suizos) era Rosa Robinovich, quien obtuvo un precio de "promoción" en el bar del hotel, para sus sedientos amigos. Tiempos de Revel Dick, y su Departamento de Informaciones y Prensa Aliada, que daba trabajo muy bien pagado a escritores, poetas, y toda suerte de escribas. Tiempos de Topaze y el clan de los Sanhuezas, con sus fiestas-bailables que culminaban en La Montaña o en el Club de la Medianoche. Años del profesor Voltaire Bonhomme (Gonzalo Orrego), y del "viejo" Becerra (Carlos Becerra) quien volvía de ejercer un consulado en Shanghai. Sus aventuras sirvieron para que Maurice Dekobra escribiera La Serpiente de no sé qué, espeluznante novela de drogas, sexo, muerte, el negro Solano, Carlos Valenzuela (hoy, muy serio), Raúl Morales Alvarez, Lucho Fuenzalida, el "chaleco" Sanhueza, Santiago del Campo, las "tesoritos". Al revés de los escritores, los periodistas gustaban de bailar, Tangos, especialmente. En Las Últimas Noticias, Byron Gijoux James, director, dirigía una orquesta imaginaria de jazz, con ayuda de diversos músicos improvisados, tocando el Saint Louis Blues. La vida intelectual de Chile pasaba por los diarios y revistas. Las noticias recién comenzaban a llegar a la medianoche. Hoy, los periodistas marcan tarjeta a las cinco y media de la tarde.

Los bohemios se van, como los carros con o sin imperial, como los trolley-buses. Juan Tejeda, Osnoña, alias Enrique Alfonso ("Chao"), el "mono" Tejeda, Alberto Reyes Corona ("Bigote"). El "mono" vivía con Teófilo Cid y el Lalo Bello (hermano de Enrique Bello, dueño de Pro Arte). El Lalo era portero en la empresa de su hermano. Arrendaban piezas amobladas en pensiones. Era el terror de las residenciales. Quemaban con sus "puchos" los colchones, cuando no la casa entera. Usaban —algunos— capa española. D'Halmar, C. Pezoa Véliz, C. Prendes Saldías, Pablo Neruda, Canut de Bon. ¿El último bohemio? Siempre habrá uno. Busque por su barrio. 



Julio Barrenechea supo combinar sus ardores de líder estudiantil socialista con el vino triste de los poetas. Aquí puede verse años después cuando era embajador en la India.